

LA HISTORIA DE LA CIVILIZACION Y LA HISTORIA ECONOMICO-SOCIAL

por J. CEPEDA ADAN

Docente de Historia Moderna de la Universidad de Santiago.

“Nuestros libros de Historia no atraen a nadie” es una frase que venimos oyendo repetidamente por doquier. Y esta lamentación encierra una profunda y dolorosa verdad con la que nos topamos a cada paso en el campo de la enseñanza. Los estudiantes, de cualquier grado que sean, desde la Escuela a la Universidad, sienten por nuestra ciencia una especial aversión, y esta actitud de recelo y disgusto pesa negativamente a la hora de estudiarla. Para ellos, la Historia es el relato fatigoso de listas de personajes, de batallas, de enlaces matrimoniales sin la emoción siquiera de la novela, en la que los hombres caminan por la vida —aunque ésta sea una pura ficción—, y esta vida explica y da razón de los hechos llevados a cabo por los héroes de esas aventuras.

Es verdad que en los libros de Historia, tras el relato de los mal llamados *hechos políticos*, se incluyen varios capítulos de *historia interna, cultura y civilización*, que se añaden de una manera artificial y postiza como resultados y sucedidos de esa otra trama de acontecimientos políticos. El hombre, el sujeto histórico, queda así desnudo y descarnado frente a la realidad, y luego tenemos que hacer el esfuerzo inútil de estudiar su ropaje, su ambiente, las incitaciones que le movieron, los logros conseguidos a lo largo de su peregrinar por el mundo, el cambio sutil o violento de sus ideas, de sus formas de convivencia; la realidad, en fin, en que vivió. En definitiva, hacemos de lo que es causa, efecto, y ese desenfoque gravísimo, al falsear la esencia de la Historia, la hace perder emoción y valor normativo a la vez que belleza. Parece así que la Historia sólo la hicieran los que meten mucho ruido, como decía Unamuno, y se olvida la intrahistoria, el océano profundo sobre el cual se mueven esas olas cambiantes y espectaculares. El niño o el adulto no se siente protagonista de esa Historia y por ello la repudia. El parte de realidades concretas, de un mundo que le rodea en el que hay gobernantes, sabios, instituciones vivas, caminos buenos y malos, salarios, mercados, vehículos, modas, ideas, especáculos, instantes de inquietud y de paz y guerras, etcétera, y él intenta darse explicación de ese am-

biente en el que está inserto. Luego, cuando quiere preguntar al pasado, a la Historia, esas mismas razones, encuentra que se le ha descoyuntado la realidad para resaltar únicamente ciertos ángulos en ella. Se pregunta, y con razón, por qué no aparecen en sus libros, junto a los grandes políticos, los sabios y los inventores, los espíritus más selectos inquietos y preocupados por el bien de la sociedad; por qué no le ponen al lado de las más memorables batallas los descubrimientos que marcan el camino de la ciencia. Se pregunta, en conclusión, por qué no se le cuenta esa gran aventura del hombre en el dominio de la naturaleza junto al despliegue del espíritu. El contempla un mundo trepidante y lleno de ingenios mecánicos que le subyugan y a la vez le atan; se ve rodeado de los elementos de una civilización a la que pertenece y de la que anhela saber cómo se formó, de dónde se partió y cuál fue el camino hasta la meta actual. Pretende conocer esa civilización que es historia en cuanto es suceder y cambio y soluciones a necesidades y estímulos. Porque no olvidemos nunca que la Historia es la respuesta que el hombre da a su presente partiendo del pasado. Pero el incitante primero es esa civilización, de contenido muy diverso, que forma su contorno y de la cual es parte y actor.

No se trata por ello de convertir el estudio de la Historia en un mero desarrollo de la historia de la ciencia y de las instituciones con el trastruque de las listas políticas por el de las nóminas de genios e inventos, sino de situar esas realidades en su verdadero lugar como hechos históricos que son, con la misma categoría y fuerza que los denominados hechos políticos. Es, sencillamente, explicar la Historia desde dentro, desde ella misma, hacerla viva y coherente en cuanto sitúa al hombre en la plataforma verdadera sobre la que actuó en cada época.

Una exigencia primera sería cambiar el orden de los problemas. Estudiar y reconstruir primero esa realidad social, económica y cultural —el suelo histórico verdadero— para colocar luego en él al hombre, que alcanzará de este modo una inteligibilidad que ahora no tiene. Debemos partir de

una evidencia. El hecho histórico es el resultado de dos factores que mutuamente se interaccionan: un componente dado, una situación determinada, una estructura social, en conclusión, y junto a ella el elemento X, el hombre, que instala la fuerza de su libertad sobre esta plataforma de lanzamiento. Uno y otro son inexplicables por cuanto ambos se determinan recíprocamente. Hoy es cada día más frecuente en las obras de más empeño sustituir las secas divisiones cronológicas de la Historia por períodos rotulados con un término más expresivo y exacto: la Era del Vapor, el Siglo de las Luces, el Período Romántico, la Cultura y la Época del Renacimiento, el Mundo Occidental, la Era Atómica, etc. Con ello se consigue un acercamiento mejor a esa situación concreta del hombre y su contexto. Conozcamos y expliquemos ese contexto, ese *habitat histórico*, que circunda al hombre, y luego los sucesos —esas cuentas del collar del tiempo— serán fácilmente ensartadas en el hilo y cobrarán todo su profundo significado. Con esto de ninguna manera se borra o empequeñece el valor del hombre mismo, del héroe de la Historia a la manera romántica; lo que se hace, en cambio, es, sencilla y humanamente, entenderle mejor, en su mundo y en su tiempo, moviéndose con los medios y recursos que tuvo a su alcance en aquella hora, construyendo su pensamiento con el repertorio de ideas de aquel instante de la cultura y no con otras venidas después o inoperantes ya.

De esta forma, el hombre de hoy, el alumno de nuestras clases, se siente embarcado en la gran aventura de sus semejantes en el pasado en cuanto la Historia reconstruye sus piezas de acuerdo con la vivencia de su presente. Para él será más útil, más formativo y más atrayente un cuadro de la sociedad y la civilización en el tránsito del Otoño de la Edad Media al Mundo Moderno con sus problemas complejos de las revueltas campesinas, la inquietud en los núcleos urbanos, los choques gremiales, los fenómenos económicos que preludian el capitalismo, el sentimiento de la pobreza y sus intentos de solución dentro del evangelismo cristiano, la curiosidad del hombre renacentista, el avance en las bellas artes, el asombro primero y los resultados después de los nuevos descubrimientos geográficos, la crisis religiosa, las consecuencias de la invención de la imprenta, la lucha por la hegemonía europea, la tipología humana de la época “hambrienta de horizontes y ambiciones” con el condotiero, el conquistador y el político, etc. Pero no entendidos y presentados estos gigantescos fenómenos históricos como subproductos de la política, sino como explicación única de la misma.

Estos temas de civilización, de economía, de sociología, se convierten así en una parte esencial y viva de la Historia toda. A continuación aparecerán los hombres y los episodios singulares: Carlos V y Francisco I; Lutero y San Ignacio;

Pavía y el saco de Roma; las guerras y paces entre Francia y España; las Dietas alemanas y las guerras religiosas. Todos estos hechos se situarán en las coordenadas de aquel tiempo y se iluminarán súbitamente hasta hacerse claros y lógicos.

Recomponer así el pasado desde sus raíces económicas, sociales y culturales es la única manera de hacer Historia con valor permanente. Recientemente una obra ha venido a demostrar de manera perfecta este enfoque. Nos referimos al libro del profesor francés Fernand Braudel titulado *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. El autor, para explicarnos la presencia y la acción del rey español en este espacio europeo, comienza por estudiar el escenario geográfico del mismo, que condiciona a su vez los más diversos fenómenos que van a jugar en esta aventura de la segunda mitad del siglo XVI: la producción del suelo, la casa mediterránea, las competencias económicas, las formas de vida, las especiales características de la navegación por estas aguas, los Estados nacidos en las riberas de este mar, los rasgos de la civilización mediterránea, las implicaciones concretas de la época con la rivalidad de los dos extremos —españoles y turcos— hasta llegar así a los personajes singulares de Felipe II y sus enemigos con el choque de las armas. Un proceso que camina de lo general a lo particular, de dentro a fuera, y que nos delinea la personalidad de nuestro monarca en el marco de su tiempo, en una situación determinada.

Aún más. Basta venir a considerar nuestro tiempo, la historia más reciente, para comprender mejor este planteamiento. El hombre actual vive en constante tensión, que se transmite desde el niño al anciano, solicitado por un cúmulo de hechos trascendentales que van desde los asombrosos descubrimientos en el campo de las ciencias experimentales hasta los más inquietantes movimientos sociales. Las ideas y las máquinas, de paz y de guerra, se entrecruzan para crear una realidad especial sobre la que camina temeroso el hombre de hoy. Saltan a cada instante los nombres y las situaciones: Churchill, Hitler, Stalin, Kennedy, Castro, Einstein, Von Brentano, Picasso, Segunda Guerra Mundial, bloqueo norteamericano a Cuba, derrumbamiento de Alemania, malestar social y soluciones propugnadas, descolonización, etc., en un tejido tupido de interacciones donde unos hechos son, a la vez, causa y resultado de otros. El historiador que pretendiera mañana ordenar el cuadro de esta Historia a base de una pormenorizada enumeración de personas y fechas —de hechos políticos—, prescindiendo de esta atmósfera cargada, de este momento preciso de la civilización en la que se realizan, cometería un soberano error a más de una gran superchería cuyo resultado no podría ser otro que un rompecabezas de nombres absolutamente inasimilable.

Es necesario estudiar y comprender las ideas

motoras, la fuerza real y psicológica de esos inventos, la transformación que ha sufrido la estructura social por efecto de estos nuevos instrumentos culturales —ideas y máquinas— para alcanzar todo su sentido. Ver hasta qué punto el pensamiento de un Einstein, condensado en una fórmula matemática, ha tenido más mordiente histórico que los mismos ejércitos movilizados en la Segunda Guerra Mundial, y cómo estos principios revolucionarios de la Física han necesitado de la existencia de los formidables complejos industriales para hacerse realidad aterradora y prometedora a la vez, y, luego, cómo esos complejos industriales han moldeado con su masiva concentración un tipo humano especial con una nueva mentalidad, unos nuevos ideales que se plasman en la literatura y en el arte o se hacen carne de lucha en los frentes revolucionarios. Así es preciso insertar el arte nuevo en la lógica de su tiempo como resultado de un largo proceso y unas premisas concretas que dimanen de situaciones ambientales y espirituales concretas.

Pero se nos dirá que estas síntesis no son fáciles de conseguir siempre y que resultan difíciles en ciertos niveles de la enseñanza. Sin embargo, puede objetarse a esta dificultad con una propuesta que consiste, en cada caso, en elegir la escala adecuada, como ocurre en las demás disciplinas. Si en ellas ha podido lograrse la síntesis y la concreción de temas generales, igual puede hacerse con la Historia, que además, vista así, contará con un repertorio sugerente y más vivo, que prenderá pronto el entusiasmo de los escolares.

Pero cabe preguntarse ahora por el contenido y alcance de estas parcelas de la Historia que entendemos por civilización, sociedad y economía cuando las entendemos aisladamente por vía de análisis y que —insistimos y repetimos— deben figurar en la base previa de toda explicación y estudio. Son múltiples los esquemas que se han propuesto para definir su contenido y cada uno de ellos ha originado discusiones por el hecho evidente de que estos campos, especialmente el cultural, ofrecen unos límites tan difusos e indeterminados que hacen imposible toda clasificación cerrada, por otra parte imposible en cuanto que la actividad del hombre es de una riqueza infinita y toda ella en su despliegue constituye la obra de la civilización. Una vez más hemos de acudir a la experiencia para buscar criterios que sirvan de norma. Debemos por ello partir de la vida misma, esa irrenunciable actividad del hombre, que produce, con la madeja del tiempo, los frutos de la civilización y la cultura, realidad siempre y siempre en proceso de cambio por la huella que imprime en ella cada nueva generación. Fijar la atención en las formas de actividad que ese hombre, viviendo, ejerce porque esas "ocupaciones" nos darán la variedad y el repertorio de los objetos y valores que constituyen el tapiz de la cultura. El hombre piensa, trabaja, guerra, ríe y llo-

ra, y es desde esas situaciones y por la estela que dejan de donde debemos partir para una somera clasificación de los productos de la cultura. Unas veces el *homo sapiens* se lanza a la más alta y noble de las tareas de pensamiento, y de su esfuerzo resultan las grandes concepciones del universo que conforman durante largos periodos el cuadro básico de las ciencias y las realidades todas. Estas concepciones, estas ideas motoras, deben incorporarse a nuestro estudio especialmente en lo que tienen de proceso, de evolución, de fenómeno histórico porque su conocimiento nos aclarará las fuerzas íntimas sobre las que marchan los rodillos básicos de la Historia. Además, no lo olvidemos, representan el esfuerzo supremo del hombre por dar sentido al cosmos que le rodea y, en definitiva, a situarle en el campo de la Historia.

Otras veces ese esfuerzo del pensamiento, en lucha con la naturaleza, se traduce en el triunfo sobre los secretos de aquélla para constituir ese apasionante proceso de las ciencias con sus avances, unas veces lentos y vertiginosos otras, y, sobre todo, lo que entraña de más admirable para el que se detiene a contemplarlo como historiador: su trabazón, su encadenamiento, su absoluto valor de proceso, de *fieri*, de estar haciéndose. Cada nuevo descubrimiento, cada hallazgo está condicionado por los anteriores, y él, a su vez, condiciona a los siguientes. Así el despliegue de esta cadena de hechos y hombres notables vendrá a constituir, al mismo tiempo que un homenaje a esos otros héroes de la Historia, un buen ejercicio para hacer comprender el valor histórico y cultural de esa actividad que tantas veces se presenta a los ojos de las jóvenes generaciones como un resultado total, un remate, y por ello la negación de todo lo que significa el paso del tiempo con su ayer y su mañana. Pero aún hay más. En una justa interpretación de la Historia es preciso ensamblar cada una de esas conquistas de la ciencia en el clima social de la época con todas sus repercusiones que pueden cambiar las formas de vida, las actitudes colectivas llevando a ellas la tranquilidad o la inquietud. Pensemos, de pasada, en los descubrimientos de las últimas décadas, como los antibióticos, la energía atómica y los medios audiovisuales, cuyos efectos son observables por nosotros mismos. Volvamos ahora con esta experiencia de una realidad actual a tiempos no muy lejanos y meditemos, por ejemplo, en el efecto producido en las multitudes del siglo XIX por el descubrimiento y utilización de la iluminación artificial. Las tinieblas que llenaron durante siglos las noches campesinas y ciudadanas, conformando una psicología colectiva especial, caían de repente y todo venía a cambiar, dando al hombre una seguridad mayor y un valor nuevo a la noche. Y así podríamos situar todos y cada uno de los acontecimientos de la ciencia como una notación histórica con lo que se incorporan como instrumentos de la ciencia del pasado.

Si la actividad radical del hombre es el trabajo, entendido éste ahora en sus formas de elaboración y manipulación de los materiales de la naturaleza, esta tarea produce un vastísimo conjunto de productos que entran en el campo de observación de las ciencias de la cultura, ya que a través de ese afanarse el hombre resuelve sus necesidades de toda índole y se sitúa materialmente en la naturaleza, a la que reelabora para sus gustos y urgencias: lo grande y lo pequeño; su alimentación y su casa; sus vestidos y sus adornos, etc., constituyen un acervo importante porque cualquiera de ellas, aun las más menudas y cotidianas, llevan el sello de un hombre, de una colectividad, de una cultura o de una época. Por ello todo ese repertorio debe ser estudiado, comprendido, amado y situado en su justa perspectiva histórica.

Mas el hombre también ríe y juega, y vierte esta necesidad en formas concretas que varían a través de los tiempos. Acercarnos a sus juegos, a sus goces, forma parte importante de esa inquietud del historiador porque a través de ellos conocemos muchas veces una intimidad espontánea difícil de descubrir de otra manera. Cada época tiene sus maneras peculiares de jugar y reír.

Por último, dentro de la gran cultura occidental en que nos movemos, ciertas ideas, sentimientos y actitudes han predominado hasta definir una forma cultural que envuelve con ella un determinado tipo humano que reacciona de acuerdo con un cuadro fijo de motivaciones. Así hablamos del

Barroco, de la Ilustración, del Romanticismo, etc. Será preciso analizar y definir esas "formas" para entender al hombre de su tiempo que traduce en su vivir diario esas definiciones culturales.

También podemos contemplar al hombre como sujeto de relaciones, en su necesidad de convivencia, lo que proporciona al historiador una amplia parcela de estudio formada por el conjunto de ideas e instituciones que ha formado a lo largo de los tiempos; instituciones que constituyen el marco en el que desarrolla el juego de esas relaciones; instituciones y formas que cambian y se modifican o entran en colisión para originar entonces los estados de emergencia de la sociedad: la guerra con su secuela profunda. Pero no olvidemos que esta forma patológica de relaciones humanas que llamamos la guerra —con todo el horror que se quiera— es un incentivo al ingenio humano, que ante ella o por ella perfecciona sus técnicas, desarrolla principios embrionarios, etc., para producir, en definitiva, instrumentos de civilización que interesan grandemente en el panorama sociocultural.

Con todo el valor que lo anterior tenga, no obstante, han sido otros aspectos de la vida del hombre los que han cobrado un especial interés en los últimos tiempos, interés derivado de la angustia presente. En efecto, el hombre de nuestros días se debate inquieto y agitado por el problema social para el que busca soluciones con una urgencia que nos habla por sí sola de la gravedad del tema.

Preguntad no ya a los niños de las escuelas, sino a muchos hombres maduros, incluyendo a la mayor parte de los que tienen responsabilidad en la educación de nuestras juventudes, por la historia de nuestros intentos coloniales en Africa durante el siglo XIX y los primeros años del siglo actual, o por los orígenes e incidencias de la revolución de los precios que durante el Imperio provocó el aflujo a España del oro americano, con sus etapas alternativas de inflación y deflación que tanta repercusión tuvieron en la ruina de nuestra industria y en el bajo nivel de vida de los campesinos castellanos, componente no despreciable de nuestra sedicente «decadencia» y causa eficiente de dos floraciones literarias, todavía no estudiadas a esta luz: la novela picaresca y el arbitrista. Inquirid cuánto saben acerca de los orígenes y efectos de la invasión del capitalismo extranjero en nuestra patria, para financiar los ferrocarriles de 1840 a 1890; cómo fueron entregados a manos extrañas los más ricos yacimientos mineros de nuestro suelo, en tanto dirimíamos con las armas el pleito dinástico, impulsados por un liberalismo arrasador y «anti-pactista», hijo de nuestro temperamento; qué obstáculos se alzaron durante la última centuria para los intentos de industrialización de España; qué fundamentos tiene, en fin, el actual proceso de industrialización por que atraviesa nuestra economía y qué medidas deberían ponerse en práctica para aumentar la renta nacional, distribuirla equitativamente y convertir a la política financiera del Estado en instrumento de realización de la justicia social.

La ignorancia más supina en materia de economía es un deplorable efecto de nuestro «ilusionismo». Convocados por el poderoso atractivo de las ultimidades, los corazones españoles se disparan a su consecución, despreciando la manipulación con los datos concretos de la realidad inmediata.

(A. MAÍLLO, *La Educación en la sociedad de nuestro tiempo*. Publicaciones del C. E. D. O. D. E. P. Diana, Artes Gráficas, Madrid, 1961, págs. 102-103.)

Pues bien: esa presencia insoslayable de la cuestión le ha llevado a buscar en el pasado el estudio de situaciones semejantes. No olvidemos lo que se dijo antes, que el hombre de cada época pregunta siempre al pasado por los problemas que le preocupan en su presente. Por ello, cuando la temática de la sociedad eran las formas políticas —siglo XIX— la Historia se llenó de interrogantes políticos. Hoy una palabra salta como un símbolo ante la tranquilidad amenazada del individuo: lo social. Problema social, novela social, cine social, ruedan de mesa en mesa y de escrito en escrito. Nuestra ciencia no podía estar ausente de esta llamada y por ello estos temas ocupan hoy la principal atención y se aprecia con meridiana claridad la necesidad de incorporarlos como base indispensable a cualquier interpretación previa de la Historia.

Cuando nos adentramos en este campo de estudio lo primero con lo que nos encontramos es con el concepto mismo de sociedad, organismo vivo, que una ciencia específica, la Sociología, estudia y cuyas aportaciones son cada día más importantes para la Historia. El ser humano, en efecto, jamás puede ser concebido en soledad y aislamiento, sino, por el contrario, está siempre enclavado en un grupo al que le unen múltiples vínculos. Esta estancia en una comunidad produce un juego de interacciones que le confieren una segunda naturaleza desde la cual actúa. Interesa, pues, en el panorama de una historia socio-económica conocer el componente de esos grupos sociales, su densidad (demografía), su fuerza, sus fundamentos económicos, sus peculiaridades todas, que nos darían la clave de su actitud vital y con ello sus gustos, sus simpatías y antipatías, sus formas de vida, su *estilo vital*, en fin, desde el cual actuará en la Historia como individuo y como grupo.

Junto a esto tenemos que en el juego de esa so-

iedad son los factores económicos los que generalmente determinan las corrientes más poderosas. Las relaciones humanas están planteadas en la mayoría de los casos en el plano de la economía: trabajo, intercambio, mercado, competencia, áreas de influencia, precios y salarios, fricciones en las relaciones laborales, libertad y coacción de unos grupos para con otros, condiciones de vida determinada por estas situaciones económicas, son algunos de los múltiples aspectos que presenta el tema. Es preciso incorporar vivamente este ángulo de la Historia sin el cual quedaría el pasado vacío de uno de sus contenidos más importantes tanto cuantitativa como cualitativamente.

Estas consideraciones nos llevan a una conclusión. El campo de la Historia no sólo se ha ampliado, sino que ha cambiado de sentido. Es la vida toda, rica, variada y compleja, la que está en su órbita. El sujeto de la Historia, el hombre, queda insertado en los moldes reales en que desarrolló su existencia. Sólo así cobran sentido las llamadas historia de la Civilización o historia económico-social. Esta ciencia se hace de este modo más verdad y se moldea como una verdadera y rígida disciplina, pero a la vez —y esto es un logro nuevo— adquiere toda la emoción, el atractivo y el nervio de la novela en cuanto, como ella, explica al hombre desde el suelo real en que realizó la aventura de su vida.

Es, pues, necesario intentar ese giro en la enseñanza de la Historia. Antes de adentrarse en la enumeración de los árboles del pasado para rotular cada uno de ellos o los más importantes, veamos primero y expliquemos el bosque en que se formaron, esa armonía hecha de cosas e ideas que llamamos sociedad, cultura y civilización para que luego cada individuo y sus accidentes tengan sentido en la totalidad.

BIBLIOGRAFIA

- DAMPIER-WHETHAM, W. C., *Historia de la Ciencia*. Madrid, 1929.
- GÓMEZ ARBOLEYA, E., *Historia de la estructura y del pensamiento social*. Madrid, 1957.
- HAYWARD, J. A., *Historia de la Medicina*. Méjico, 1956.
- LEANS, J., *Historia de la Física*. Méjico, 1960.
- RUSSO, T., *Histoire des sciences et techniques. Bibliographie*. Paris, 1954.
- SINGER, Ch., *A History of Technology*. Oxford, 1957-1958.
- SOROKIN, P. A., *Sociedad, cultura y personalidad. Su estructura y su dinámica*. Madrid, 1962.
- TOYNBEE, A. J., *Estudio de la Historia*. Compendio, 2 volúmenes. Buenos Aires, 1958-1959.
- HAUSER, A., *Historia social de la literatura y el arte*. 3 volúmenes. Madrid, 1957.
- BARNES, H. E., *An Economic History of the Western World*. Hay traducción española en la Colección UTEHA. Méjico, 1955.
- CLOUGH, S. B., *The Economic Development of Western Civilization*. Nueva York, 1959.
- LOZZATO, G., *Storia economica dell'età moderna è contemporanea fino al 1950*. 2 vols. Padua, 1952.
- VERLINDEN, CH., *Introduction à l'histoire économique générale*. Coimbra, 1948.
- PIRENNE, H., *Le mouvement économique et sociale*. En la obra dirigida por G. GLOUZ, *Histoire Générale*, tomo VII. Paris, 1933.
- PIRENNE, H., *Historia social y económica de la Edad Media*. Méjico, 1955.
- HARING, C. H., *The Spanish Empire in America*. Nueva York, 1947.
- SEE, H., *Les origines du capitalisme moderne*. Paris, 1940.
- BRAUDEL, F., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*. Méjico, 1955.
- VÁZQUEZ DE PRADA, V., *Historia económica mundial*. Vol. I. Madrid, 1961.
- VICENS VIVES, J., *Historia social y económica de España y Anárquica*. 5 vols. Barcelona, 1957-1959.